

EDITORIAL

Educación y medios de comunicación: un debate impostergable

*Conservaremos en el vivir
el mundo que vivamos como educandos.*

Humberto Maturana

Tradicionalmente, la educación institucionalizada, o la organización escolar, garantiza la reproducción de la cultura, de los saberes acumulados a través de la historia, para la supervivencia social; existe estrechamente vinculada con la estructura social que soporta y que la soporta, en función de la repetición de valores hegemónicos. Como institución del estado moderno, la escuela se erige en bastión que apuntala y multiplica su ideario mediante usos que permanecen inmersos en aproximaciones heredadas de una política ilustrada: prácticas docentes monológicas y planes causales. En el ejercicio cotidiano dentro de las aulas, las actividades escolares están inmersas en una actitud sofista –aunque teóricamente se esgrima una inclinación socrática– consistente en que los que saben transmiten conocimientos a los que no saben en función de obtener un producto.

A pesar de numerosos esfuerzos por conducir a la *praxis* la noción ampliada de educación –referida a un proceso en el cual el niño o el adulto convive con otro y al hacerlo se transforma espontáneamente, de manera que su modo de vivir se hace más congruente

con el del otro en el espacio social—,¹ los países de América Latina parecen lejos de haber llegado a ello. El sistema escolar persiste en las prácticas tradicionales y considera amenazante cualquier innovación, tecnológica o no, que se pretenda introducir para apuntalar los procedimientos pedagógicos.

Aunque el sistema educativo institucionalizado se mantenga, mediante lineamientos específicos, en una posición rígida, la realidad—que ahora opera en el marco ideológico de la mundialización— sigue su curso irremisiblemente y, cada vez más, rebasa el modelo conductista de adquisición de conocimientos vía el reforzamiento de los estímulos; cada vez más, excede el modelo de la repetición en un mundo de diferencias.

La educación, en su acepción amplia, funciona mediante una intrincada red social que ha trascendido los aparatos de estado tradicionales: la escuela, la iglesia y la familia. Los sistemas de aprendizaje de esta educación real, es decir la que está más allá de la voluntad individual y del ideal institucional del estado, fuera de la pedagogía y de los planes de estudio, se han diseminado debido al arribo de la tecnología de las comunicaciones mundiales.

Esta diseminación de los sistemas de aprendizaje ha propiciado que las formas tradicionales de transmisión de valores, como la escuela, la iglesia y la familia, pierdan el control sobre los procesos de reproducción social. Los medios de comunicación de masas se han convertido en los aparatos hegemónicos por antonomasia del tardocapitalismo y están a la cabeza en la producción del discurso cultural, sin que esto signifique la desarticulación o invalidación de los demás aparatos; más bien, los medios, en tanto aparatos al servicio de un orden político y económico mundializado, establecen una tensión fundamental con los aparatos hegemónicos de los estados nacionales. Esto significa que los estados nacionales no tienen más entre sus manos la posibilidad del control de la reproducción de la

¹ Se tomó la definición de educación de Humberto Maturana, *Emociones y lenguaje en educación y política*, Chile, Hachette, 1990, p.26.

cultura. Pero tener o no el control sobre la reproducción de los valores, un grupo social, el tecnócrata o político, no es realmente el *quid* del asunto, cuando lo que se pretende –si es que eso se quiere realmente– es formar individuos capaces de apropiarse de su futuro y no simplemente adiestrar seres reproductores del *status quo*; cuando lo que se pretende es formar ciudadanos responsables de sí mismos, capaces de interactuar respetuosamente en un espacio de convivencia social.

Esta situación de apertura a la diversidad, en apariencia adversa, de alguna manera favorece los procesos de crecimiento de la población. Al enfrentarse al mundo y su diversidad, la gente debe optar, debe decidir por sí misma, aprender a dilucidar lo que le conviene y lo que no, no como ser individual voluntarioso, ni como esclavo sublevado de un orden social incomprensible, sino como individuo que forma parte de una especie valiosa, digna de poblar el mundo.

La confrontación de lo propio y lo ajeno, que se expresa como paradoja, ha provocado un rompimiento en la población en términos de las formas de comprender el mundo; ha provocado, si no la conciencia sobre, por lo menos la sensación de la diferencia. Las inteligencias actuales distan de los esquemas cartesianos, porque el mundo en el que se han desarrollado es –verdad de Perogrullo– significativamente diferente. Para estas inteligencias, que parecen comenzar a formarse ya con esquemas de razonamiento paradójicos más que lineales, una educación unidireccional, doctrinaria, centrada en el maestro-libro, no sólo deja de ser interesante, si es que lo fue alguna vez para los niños, sino cuestionable.

La llegada de la tecnología de las comunicaciones no sólo abarca las dimensiones ideológica, económica, política, cultural, social, sino incluso una epistemológica que es preciso averiguar. Esta nueva epistemología, favorecida por las hasta hace poco más de cien años inéditas formas de comunicación, se presenta como un área de trabajo esencial para la investigación y la práctica educativas. Si las nuevas generaciones se están formando con base en una epistemo-

logía diferencial, paradójica, más que con una unificadora idealmente, es preciso otorgarles elementos que les asistan en la comprensión de la paradoja como tal –en vez de acudir al reduccionismo– y en la eliminación de la confusión generadora de angustia y de acciones autodesintegradoras. Si la existencia de la tecnología en el mundo está contribuyendo a una conformación diferente de la manera de conocer el mundo, es preciso que la educación trabaje con, en, sobre, respecto de los medios de comunicación de masas para intentar comprender –alumnos y maestros– las implicaciones de esta tecnología en el proceso civilizatorio.

Una pregunta central que el sistema educativo puede intentar responder alrededor del tema –mediante estrategias audaces de intercambio transdisciplinario, dialógico– es, ¿cómo están aprehendiendo la realidad los niños de hoy y qué debe hacer el sistema educativo para orientar esta forma de conocer, anterior a cualquier contenido temático, con la finalidad de formar individuos autogestivos y autodignificados?

Al abrir este espacio de discusión productiva, el Centro de Estudios Educativos, de nuevo, se coloca a la vanguardia en términos de inquietudes alrededor de situaciones problemáticas de primer orden y en términos de aproximación abierta y dialógica, acorde con los requerimientos del tiempo. Por mi parte, agradezco la invitación del Centro para colaborar en este proyecto editorial.

Angélica Tornero